

H O M I L I A

SOBRE LA LECTURA

DE LOS LIBROS PROHIBIDOS

RECITADA

EN EL DIA DE PENTECOSTES

DEL AÑO M.DCC.XCI.

P O R

EL ILL.^{mo} Y R.^{mo} M.^{or} Fr. ADEODATO TURCHI,
del Orden de Capuchinos Menores, &c.

TRADUCIDA DEL ITALIANO AL ESPANOL
por el P. Miguel de Herrezuelo.



B A R C E L O N A.

EN LA OFICINA DE GIBERT Y TUTÓ,

ADMINISTRADA

POR ANTONIO SASTRES.

*Beatus quem tu erudieris, Domine, & de lege
tua docúeris eum. Psalm. 93. v. 12.*

H O M I L I A

SOBRE LA LECTURA

DE LOS LIBROS PROHIBIDOS.

Un libro solo fué abierto en este dia , la primera vez , à los ojos del universo , y este libro fué el Crucificado : ¡ extraña novedad , hijos míos ! que del estudio de un Crucificado debiese depender la sabiduría de los filósofos , la política de los Reyes , y la felicidad del género humano : pero ¿ cuándo ? en una coyuntura y circunstancia de tiempo , en que Roma , hecha señora del mundo , no respiraba sino grandezas y triunfos : en un tiempo , en que las escuelas de Grecia solamente aplaudian los escritos de Epicuro y Zenón . ¡ Qué portento ! á la sola compar-
sa de este libro , ver caer de improviso toda la máquina de las pasiones humanas , substituirse al orgullo de los filósofos la humildad christiana , al despotismo de los Grandes la mansedumbre y afabilidad , y à la corrupcion de los Pueblos la pureza y santidad de costumbres .

A vista de mudanza tan pasmosa , querria yo encendiese mi corazon aquel fuego que descendió en

este dia sobre el pecho y lenguas de los Apóstoles, para animarlos á proponer este libro , franqueándolo de mano en mano á las Naciones , excitándolas á leerlo y estimarlo : ¡ Ah si este divino volúmen hubiese quedado para siempre en posesion del universo! Ciertamente no lloraría la Iglesia unas pérdidas tan funestas : no tendria el mundo que llorar aquellos horrores que lo desconciertan , y nosotros en una paz santa , y buena correspondencia , adorariamos fielmente al Señor en espíritu y verdad.

Veneramos vuestros juicios , Señor : vos mismo permitisteis que se levantasen en todos tiempos escritores impíos , que combatiesen el libro Crucificado ; pero en nuestros dias es tanta la multitud de ellos , que solo vos sois capaz de numerarlos y extirparlos : la Europa toda cuenta por millares los discípulos desgraciados de Porfirio y Celso ; toda ella está inundada de libros que impugnan abiertamente la religion y moral santa de Jesu Christo ; toda ella encierra este fermento que la corrompe , y está muy cerca , á lo que parece , de rebelarse contra su Dios. Mas quando toda la Europa se infeccionase ; vosotros , hijos de mi corazon , no debeis abandonar jamás la creencia de vuestros Padres : los pastos venenosos no son pastos de un rebaño católico ; y para que esto no suceda , permitidme que os hable en este dia sobre la lectura de los libros prohibidos.

La pasion de leer es una especie de furor en nues-

tro tiempo: hasta las mismas señoras quieren distinguirse en este punto, dexándose ver aun en sus casas con un libro en la mano cada una: estamos en un siglo, dicen, en que es necesario instruirse para cultivar y perfeccionar el espíritu y la luz natural que el Señor nos ha dado: está muy bien; pero ¿con qué libros? ¡Ah! la serpiente en el parayso, que quiso á Eva erudita, logró engañarla y corromperla, y á toda su posteridad por medio de ella: sin duda alguna las señoras de otros tiempos leian ménos que las de hoy, porque eran mas laboriosas; mas no podemos negar, que con ménos lectura eran en mayor número modestas, esposas fieles, y buenas madres de familia: se leia ménos, pero habia mas religion, mas honestidad y temor de Dios.

No creais por esto que yo sea enemigo de la lectura y de los libros: leed todos en hora buena; pero permitidme que os exponga dos vicios, que en este género de lectura y de libros causan la deshonor de nuestro siglo: el primero es aquella falta de reflexion y ligereza en hablar y discurrir sobre las materias, que se escriben con poca aplicacion y ménos trabajo: salen de la prensa innumerables obras, llenas de noticias superficiales, que relevan à los lectores de la mediacion, y de la fatiga. ¿Quién lo duda? Tienen todas las ciencias en el dia reducidas á simples Diccionarios, y ver ahí el medio mas lla-

no y ménos molesto de formarse en poco tiempo literatos á millares; pero ¿ qué literatos? No es este el mal mas grande.

El segundo y mayor vicio es, que no les basta por estos medios dispensarse de una séria y constante aplicacion á la lectura, sino que quieren hallar en ella la amenidad, la diversion y el placer; y lo que es mas, aquella delicadeza, aquella sal, aquel disfraz, aquel disimulo y arte, con que visten aun las pasiones mas viles, quieren que las adopten los escritores, aun quando manejan los argumentos mas graves y de mayor importancia: se busca finalmente la diversion, asi leyendo, como estudiando.

De estos dos vicios se valen oportunamente los escritores de nuestro siglo, para insinuar en el ánimo del que lee la incredulidad y el libertinage. ¿ No estamos viendo á la Europa toda inundada de escritos y de libros, en que la gracia del estilo, y hermosa elocucion en los periodos, tienen fuerza de solidez y de persuasion? y lo que es peor, inundada de unos libros, que divierten y mueven à risa à expensas de la Religion y de la buena moral?

De estos libros, unos impugnan la revelacion, para abolir la religion y la fé, otros combaten las leyes de las buenas costumbres: un ayre de simplicidad, de ingenuidad y franqueza, junto con la suavidad de las expresiones, un zelo afectado de la felicidad del hombre, unas objeciones expuestas con

fuerza y refutadas con debilidad, unas dudas sembradas de propósito, unas declamaciones patéticas contra el Sacerdocio, unas agudezas picantes con una multitud de sátiras y cuentecillos, forman el tejido de estos escritos impíos: todos se apresuran á leerlos, ó atraídos de la novedad, ó por darse un aire de bello espíritu: beben con la diversion el veneno, y aun no han acabado de leer, y ya se ha acabado en ellos el ser temerosos de Dios y Christianos.

Es constante que un libro bueno puede formar á alguno santo; pero un libro malo formará y multiplicará á millares los incrédulos y libertinos: la razon es clara, Señores; porque los libros buenos humillan nuestro entendimiento, y tienen puramente por objeto el reglar nuestras pasiones; pero los libros malos fomentan el orgullo del hombre, y rompen el freno á nuestras concupiscencias: y para decirlo en breve, los libros malos están de acuerdo y tienen inteligencia, no con el espíritu, sino con la carne, con este enemigo formidable que tenemos dentro de nosotros mismos.

Un libro malo, junto con la mucha ignorancia que tenemos de la religion que profesamos, nos hace mirar como argumentos invencibles las mas necias y débiles objeciones: el deseo que tenemos de pecar con razon y sin remordimiento, no exige mucha lógica para persuadir. A la verdad, hijos míos, no

podemos sufrir á un Micheas ¹, que nos anuncia una verdad desagradable y el profeta que nos venda una mentira, lisonjeando con ella nuestro gusto, será siempre oído y estimado por un corazón extragado y corrompido.

De esta verddad nos presenta la Historia Eclesiástica algunos exemplares: Eutiches, Abad Cenobita y Patriarca de Constantinopla, célebre defensor que habia sido de la Iglesia Católica, leyó un libro de los Manicheos, y esto solo fué bastante para que abandonase la fé, é infeccionase todo el Oriente con los errores de Manés.

Bulingero, Ministro Zuingliano en Zurich, fué otro de los engañados, ¿quién lo creyera? casi en el mismo tiempo en que habia formado el designio de retirarse á la Cartuja, para dedicarse puramente al servicio de Dios, leyó uno de los libros de Melancthon, y esta lectura le hizo mudar de propósito, en tanto grado, que llegó à ser maestro de la impiedad, despreciando la doctrina de la Iglesia Romana.

¿Quántos jóvenes hemos visto de la mejor y mas feliz índole, alimentados en el seno de la religion mas pura, dóciles al Evangelio, fieles observadores del Decálogo, obedientes á la voluntad de sus padres, y aplicados frecuentemente á los actos de piedad, cuya série y tenor de vida podia prometer á

¹ Paralipom. 18. v. 17.

sus familias el decoro, á la Iglesia su adorno y su defensa, y á la patria y al Soberano los mas útiles y gloriosos ministerios? Y ved aquí que de repente se mudaron, se desvanecieron y frustraron tan felices esperanzas

La demasiada libertad que respiran esos libros, las máximas iniquas que dictan, las costumbres estragadas que persuaden, borraron en ellos las primeras idéas, y no fué desde entónces otra cosa su conducta, que una cruz para sus padres, un tormento para sus parientes, una peste para sus amigos, un escándalo para el Pueblo, y unos miembros inútiles y perniciosos á la religion y al Estado.

¿Quántas señoritas jóvenes, que educadas desde sus primeros años en la mas escrupulosa moderacion y pudor, anunciaban á la sociedad que habian de ser esposas castas y fieles, madres verdaderamente christianas y exemplares de virtud? Y ved aquí, que de improviso se mudan, y no respiran, ni inspiran otra cosa, que una vida delicada y voluptuosa, llena de blandura y de placer. Soltáron las riendas de la modestia, y con la profusion y desperdicio de sus trages, con el ayre de sus palabras, y manejo libre de sus cuerpos, introduxéron en sus mismas casas el vicio, la disipacion de los patrimonios, la desesperacion de los maridos, y la ruina religiosa y moral de sus hijas.

La lectura de un libro fué la causa de una mu-

danza tan extraña y perjuicios tan graves : uno de esos libros impíos introduxo el engaño y el veneno en el corazon incauto de esas criaturas ; empezáron á leerlo con ansia , gustaron la suavidad de sus expresiones , y sin observar la serpiente escondida entre las flores , se sintieron movidas á escucharla, y adoptáron las máximas de la libertad : de modo , que lo que tanto abominan los libros santos , lo miran ya con indiferencia estas señoras: pecan sin duda , pero sin escrúpulo : se acuerdan del pecado , pero sin dolor : vuelven á caer sin temor , perseveran sin inquietud , y mueren sin arrepentimiento.

¿ Y es esta , pregunto , alguna imaginacion mia, ó hecho supuesto ? ¿ Quántos y cuántas en esta misma hora si pudiéran alzar el dedo desde la sepultura , darian testimonio de esta verdad , que acaso habrian observado en otros , ó experimentado en sí mismos ? Despues de haber destruido en tantas almas inocentes los principios de la religion y de la moral ; despues de haber aniquilado el temor de Dios, levantando en su corazon el trono de la impiedad; despues de haber violado y corrompido la promesa que hicieron en el bautismo ; despues de haber cancelado con sus palabras y acciones la Cruz de Jesu Christo ; despues de tantos y tan graves perjuicios, decid ahora , ó escritores impíos , con vosotros hablo , decid ahora , que los libros no hacen bien ni mal : una funesta experiencia y lamentable desgracia declamará siempre contra vosotros.

De aquí es, hijos míos, que siempre fui yo de la opinion firmísima, de que todas las sociedades eclesiásticas y civiles deben armarse contra los libros malos, y contra los autores perversos que los componen: la Iglesia y los Soberanos deben prohibirlos, como igualmente nocivos á la religion y al estado.

Se alaba no obstante á nuestro siglo, y yo no puedo negaros que en algunas ciencias naturales haya hecho considerables progresos; pero en la ciencia mas necesaria que perfecciona al hombre. ¡ Ah! acaso no ha habido jamás siglo mas ignorante! En medio de tantas plumas adulatoras, que le llaman el siglo ilustrado, el siglo filosófico, el siglo de los buenos sentimientos, podian tambien llamarle el siglo de la corrupcion y del libertinage: ved aquí su carácter; ningun respeto á las verdades de fé: ninguna consideracion, ni miramiento para con las personas sagradas: un insulto y sátira continua quando se habla de la Iglesia, de su autoridad y de sus Ministros: una indiferencia y relaxacion perpetua para la práctica y exercicios de religion: un total abandono de los Sacramentos: ninguna devocion para oír la palabra divina: una inclinacion vehemente á la novedad, como sea opuesta al christianismo: una mala costumbre, reducida á sistema, y últimamente un plan general de independenciam, de incredulidad, de menosprecio de la religion de Jesu Christo, que sorprehende á quien lo observa, y que jamás se vió

en alguno de los siglos de la Iglesia, ni aun en aquellos que nosotros llamamos siglos de tinieblas.

Tengo por demás repetiros el origen de tanta perversidad: no es otro que esa nube de escritos y libros infames, que en el seno de la misma Italia, en el centro de la católica Iglesia, y en todas partes, se escriben y se dan á la prensa, observándose aun en los mismos católicos un deseo desordenado de leerlos, un furor extraordinario en publicarlos, y una ignorancia y fanatismo conocido en ocultarlos y protegerlos: de aquí es que peligra la religion, y la buena moral está perdida.

Y ¿qué zelo no debia haber sobre este punto en los gobiernos políticos y civiles? ¿Qué providencias tan severas no debian tomarse contra la perversidad de estos libros? No se verian entónces conseqüencias tan funestas: no se verian las rebeliones y sacudimientos terribles, que estamos observando tan tenaces y freqüentes en algunas partes de la Europa: no se veria aquella propension y libertad sin freno, que estimula al género humano á substraerse del yugo mas necesario y mas suave, ni el sistema quimérico de igualdad que se intenta introducir en la sociedad civil y política; ni los supuestos derechos del hombre, mal entendidos, y peor aplicados; de lo que se está haciendo el mas enorme abuso, abriendo la puerta á todos los desórdenes, que trae consigo la injusta insurreccion.

de algunos ambiciosos, que conmueven los Pueblos para tales excesos.

Finalmente, no se verian con escándalo de los buenos vasallos los tronos (confirmados y autorizados, por el mismo Dios) echados por tierra, ó vacilantes por un vulgo de hombres ignorantes, que se devoraran como fieras, que no respetan, lo mas sagrado, que todo lo saquean y destruyen, y aun á sí mismos se quitan la vida y despedazan con el especioso y lisonjero pretexto de reducir á mejor estado una libertad ideal é imaginaria, que al fin se resuelve en crueldades y delitos enormes: estos son los frutos amargos de aquellos escritos ó libros, que corren impunemente por las manos de todos.

Por medio de estos libros intentó la impiedad abatir la Iglesia, defraudándola de la autoridad y sagrado derecho con que reyna sobre las conciencias; y ya estamos conociendo y tocando, que la autoridad de la Iglesia tiene una conexi6n y enlace sagrado con la autoridad del trono, que respeta en la personalidad de los Príncipes: de tal manera, que la herida de aquella es un golpe mortal para ésta; bien lo conocia la Iglesia misma, quando despues de haber condenado aquellos libros que contenian perniciosas doctrinas, imploraba el brazo de los Príncipes para recogerlos, ó destruirlos, ó alejarlos de sus estados.

Levantaron ent6nces el grito los incrédulos, cen-

surando la conducta de la Iglesia, y alegando que intentaba establecer el despotismo, confirmar á los Pueblos en la ignorancia, y oprimir los ingenios, y tenerlos ligados ó amarrados al altar, como á un carro de solemne triunfo.

Pero la experiencia nos ha hecho conocer, que la Iglesia no tuvo mas objeto, que sostener la pureza del dogma, la integridad de las costumbres, la seguridad de los tronos, la tranquilidad de los vasallos, y la paz universal de todo el mundo: veia la Iglesia que los intereses del culto estaban estrechamente enlazados con los intereses de los Sobranos y de los Pueblos: no se quiso escucharla; mas ¿quién sabe, decidme, señores, si este mismo acto, ó falta de condescendencia atraxo del Cielo el suplicio mas terrible para los que lo rehusaron?

Un humo de soberbia ofuscó la razon de aquellos politicos, que tenian en sus manos el destino de los Reynos: en la luz del medio dia cegaron, y entre una furia de contradicciones prepararon la ruina de los Pueblos y de los Reyes: hablemos francamente señores: soltó la adulacion todos los resortes para ensalzar á los mejores Príncipes, y mas tiernos amantes de sus vasallos; intentó elevarlos al último grado de independendia y despotismo, y al mismo tiempo (¡ ved aquí la ceguedad y contradiccion que no puede concebirse!) al mismo tiempo, repugnándolo la Iglesia, permitió la libertad

de la prensa, y que se erigiesen cátedras y aprobasen libros, que enseñaban á los Pueblos á no dexarse poner el yugo sobre el cuello, ni prestar obediencia à qualesquiera potestades, y á no tener otra ley que la razon y la fuerza para sostenerla: primera contradiccion, y afecto culpable de la ceguedad.

Se observaron despues algunos abusos en determinados Ministros del Santuario: ¡qué maravilla! Eran hombres, y sujetos á las mismas miserias que los demás: nacian estos abusos de la tibieza ó frialdad en el servicio de Dios, y de la falta de religion, y respeto à la Iglesia: bastaba para extirparlos restablecer la religion, defender la autoridad de la Iglesia, escucharla, y promover la observancia de sus leyes; mas se hizo todo lo contrario: se publicaron leyes, se dieron á la prensa manuscritos para abolir la religion, y los cuerpos que la sostenian, y lo que mas convence la ceguedad de estos hombres, para sanar la llaga (como decian) aplicaron el peor de todos los remedios, que es la muerte: segunda contradiccion, y segundo castigo de la Divina justicia contra los falsos políticos de nuestro siglo.

Todos estos desórdenes eran una consecuencia natural de la doctrina de aquellos libros, que tanto recomendaban los impíos, diciendo que contenian grandes verdades: unas sobre los derechos del hombre: otras sobre la naturaleza del pacto social:

otras sobre los deberes ú obligaciones primitivas, así de los vasallos para con los Reyes, como de los Reyes para con los vasallos.

Jamás lo concederé; pero quiero permitir por ahora que fuese así, que contuviesen los libros estas verdades tan grandes, aunque muy mal aplicadas; pero pregunto, ¿no fué una ceguedad incomparablemente mayor permitir que se erigiesen cátedras para ponerlas á la vista de todos, especialmente de aquellos que siendo del número de un vulgo ignorante é inquieto, incapaz de exâminarlas á fondo, podía temerse prudentemente un abuso ó revolución criminal? Una luz demasiadamente viva puesta delante de unos ojos débiles y enfermos, no hace otra cosa que quitarles aquella poca vista que les queda.

Pues á este modo hay ciertas verdades, que preparadas para la inteligencia del vulgo, siempre ignorante por su mismo estado y condicion, solo sirven de fermento para agitarlo, para que se burle de lo mas sagrado, y su débil penetracion lo precipite á las mas exêcrables impiedades.

La experiencia de todos los siglos nos hace conocer, y tocar con la mano, que la sobriedad ó templanza en el saber, fué en todo tiempo la basa de la religion y de la política; y que quando se trata de ciertas obligaciones, cuya omision lleva consigo terribles conseqüencias, el mejor partido fué siempre practicarlas de buena fe, sin aspirar, ni ade-

lantarase á saber cómo, ni quando, ni en qué circunstancias podemos dispensarnos de practicarlas.

No creais por esto, señores, que os hablo como político: os hablo como Pastor, como Ministro que soy de Jesu Christo, y que tanto me interesa la caridad en vuestro bien y felicidad del género humano; y por consiguiente quisiera, que todos ordenaran su estudio y su talento á establecer entre los hombres la concordia, la tranquilidad, y la paz del Señor; por eso os hablo con las palabras del Apóstol: *non plus sápere, quam oportet sápere, sed sápere ad sobrietatem.* Ad Rom. 12. v. 3.

Pero el mas terrible, el último y mas criminal efecto de su ceguedad, fué sin duda el haberse propuesto, y permitido combatir y destruir toda autoridad superior sobre la prohibicion de los libros: no bastaba la inclinacion del hombre hácia todo lo que está vedado: se estimó conveniente por los impíos instruir al vulgo, y darle razones que adormeciesen su conciencia, sofocasen sus remordimientos, y le infundiesen seguridad en medio de la violacion de las leyes.

Tal libro está prohibido (decian los impíos) y por lo mismo debe leerse: ved aquí la máxîma perniciosa, que ha llegado hoy á ser de moda: si el libro está prohibido, dicen los libertinos, es por que contiene noticias que nos interesan, dignas de que las sepan todos; cada dia se vende á mayor

precio, y los exemplares que se hallan son rarísimos: con estas razones persuaden á los demás, excitan el deseo de adquirirlo, y finalmente se adquiere y se lee.

Se advierte por su lectura que su autor padece mucha ignorancia, que su doctrina es sediciosa, capaz de trastornar el buen orden que el Señor ha establecido en la sociedad, y que tiene las impiedades á docenas: poco importa eso, dicen aquellos que tuvieron la curiosidad reprehensible con la vana satisfaccion de adquirirlo: poco importa eso, al fin, podemos decir con ayre de sugetos instruidos, que no se esconde á nuestro conocimiento cosa alguna de quanto en él se trata.

Esta libertad hijos míos, no conoce frecuentemente otro origen que un espíritu de independencia y orgullo, que manifiesta la audacia del hombre en cometer un delito de rebelion, al mismo tiempo que se lisonjea hacer un acto libre, al que se cree con derecho: á medida que crecen los obstáculos, crece tambien nuestra soberbia, y se nos hace tanto mas apetecible el objeto, quanto ménos nos es permitido: *tanto magis libet, quanto minus licet*¹.

Para justificar este orgullo tomaron la pluma en estos tiempos algunos filósofos, sosteniendo públicamente, que ninguna potestad civil, ni eclesiástica

¹ D. August. quæst. 5. ad Simplician.

tiene autoridad bastante para prohibir la lectura de un libro: porque la libertad de estampar y leer es un derecho inviolable de las naciones: añadiendo, que la prohibicion de los libros es hija de la ignorancia y de la barbárie, que es un yugo de hierro insoportable, muy á propósito para obscurecer los ingenios, y que no den un paso, ni adelanten en el vasto camino de los conocimientos útiles: que es una tirania incapaz de perdon, quitarle al hombre la libertad natural de decir y escribir todo lo que piensa.

Ved ahí lo que enseñan y defienden estos filósofos, y las razones con que arman al vulgo para combatir la religion y el Estado; queriendo persuadirnos que es un derecho inviolable de las naciones (y principio de sana libertad para hacer progresos en la literatura) permitir á los ingenios que siembren y esparzan en las sociedades las mas infames doctrinas del ateismo, las mas vergonzosas lecciones de obscenidad, de libertad, de insurreccion y desórden con que se intenta sublevar á los Pueblos, armar á los vasallos contra sus Soberanos, ciudadadanos contra ciudadanos, y seguir tan impía y detestable doctrina contra todas las leyes divinas y humanas: ¿en qué Pueblos, ó en qué Naciones se han adoptado jamás estas máximas?

De aquí la sinrazon y la violencia con que el furor de estos filósofos dirige todos sus tiros á combatir la autoridad de la Iglesia Romana en la prohibi-

cion de los libros: no se me oculta, que á estos infelices impíos se han agregado algunos teólogos, que desnaturalizados del seno de su madre con el siglo, ó por no haber leído á fondo estas doctrinas, ó por no haberlas exâminado debidamente, ó por pura perversidad, persuaden ocultamente no deberse estimar ni tener en tanta consideracion el oráculo de la Iglesia, quando se trata de prohibir ó permitir su lectura; y despues de esto se jactan de seguir la religion mas pura, y moral mas severa.

Mas segun los primeros elementos de la religion que profesan, quisiera yo preguntarles ¿á quién le fué consignado por Dios el depósito de la fé? ¿A quién se le dió la facultad de discernir el error, separar la buena de la mala doctrina, sostener la integridad del dogma y la pureza de las costumbres? ¿A quién sino á la Iglesia, y en ella al Sumo Pontífice, padre de los padres, pastor de los pastores, y maestro de los maestros? No á las ovejas, sino al pastor pertenece discernir los buenos de los malos pastores, y conducir su rebaño á los primeros.

¡O maestros de la falsedad, seductores y seducidos! Sed á lo ménos consiguientes en vuestra mala doctrina: ¿por qué añadís despues, y sosteneis, que para la lectura de qualquier libro prohibido debe solamente consultarse y estimarse suficiente la licencia particular de algun doctor ó teólogo para asegurar la conciencia? ¿Cómo asi negais al Supramo Xefe de la Iglesia, la facultad que concedeis á un doctor particu

lar, que acaso padecerá algun error? ¿Puede darse mayor inconsequeñcia? Pues estas son las doctrinas mismas que enseñan los impíos, se imprimen en nuestros dias, y no están las prensas léjos de nosotros.

Pero vosotros, hijos míos, no os dexéis engañar de tan perversa doctrina: seguid el exemplo de vuestros padres, que en la eleccion y leccion de los libros, escucharon la voz del Supremo Pastor de la Iglesia, guardaron incorrupta su creencia, y la transmitieron à vosotros en toda su pureza. Tenemos un piadoso y religioso Soberano, que emplea su poder, y autoridad suprema en alejar de nosotros aquellos libros que la Iglesia ha prohibido.

Mas esto no basta, si no estamos firmemente persuadidos, que así la Iglesia santa, como el Soberano no tienen otro objeto en esta conducta, que nuestro bien y felicidad: freqüentemente oireis decir; *leed tal libro, el está prohibido, pero á mi parecer solamente lo está por aia de economia y máxîma de gobierno*: así habló la serpiente á Eva, y la engañó.

Y ¿quiénes son estos seductores ó seducidos, que así hablan, y se constituyen en calidad de jueces del oráculo de la Iglesia, ó del Sumo Sacerdote que la gobierna? Si el libro está prohibido, es un pecado de verdadera desobediencia en materia grave, violar con la lectura la ley que la prohíbe: injustamente, dicen los impíos, está prohibido. ¡Ah necios y malignos censores, christianos de solo nombre!

La Iglesia no prohíbe jamás libro alguno, sin tener muy graves y poderosos motivos, que solo miran á nuestro bien: se prohíben los libros, porque impugnan la revelacion, porque son contrarios á la santa religion que profesamos, porque están llenos de máximas lascivas ó demasiadamente libres, porque son enemigos de la tranquilidad pública, opuestos á las buenas costumbres, injuriosos á los Principes, perjudiciales al Estado y destructivos de aquellos derechos, sin los quales no pueden practicarse con fruto los ministerios Eclesiásticos.

Y ¿qué busca, ó qué intenta la Iglesia en la prohibicion de estos libros? no busca, ni se propone otro fin que la seguridad de vuestras propias conciencias, la inocencia de vuestras mugeres, el buen orden en vuestra familia y en todas las sociedades: estos son los motivos porque se prohibieron y prohíben tantos libros.

Reflexionad vosotros ahora, ¿qué razon puede asistir os para oponeros á la autoridad de la Iglesia que os prohíbe leer esos libros? ¡Ah! y ¡quándo acabarán los hombres de andar en busca de su propio mal de solicitarlo con ansia, y aun de pagarlo en dinero contado, á expensas, y con tan grave perjuicio de sus propias almas!

¿Os faltan acaso, hijos míos, libros utilísimos y excelentes, con que podais ser doctos, y conservaros christianos? Un solo libro quiero yo dexaros en este dia, cuya lectura ha formado grandes hombres, y al

mismo tiempo grandes Santos: el libro es este divino Señor crucificado, libro escrito por dentro y por fuera: por dentro con caracteres de caridad, y por fuera con caracteres de sangre: leed enhorabuena aquellos libros que pueden haceros eruditos y famosos en las ciencias y conocimientos útiles: leedlos enhorabuena, porque no os lo prohíbe la Iglesia, y si veis que lo repugna, manifestad vuestra debida sumision y respeto, procurando obtener la licencia necesaria: leedlos en horabuena, y volver con frecuencia vuestros ojos à este libro del Crucificado.

¡ O santa y feliz ignorancia de un christiano, que no lee, ni conoce otro libro que à Jesu Christo crucificado! Aun quando otro no leyeseis, en este hallariais los medios mas poderosos y eficaces para vivir bien y morir tranquilos; y esto es todo hombre.

Hallariais tambien en él la vanidad inútil de una soberbia filosofia, y la verdadera firmeza de la moral christiana: hallariais, finalmente, aquella luz soberana que disipa la ignorancia de nuestro entendimiento, con toda la fuerza y virtud necesaria para sujetar las pasiones de vuestro corazon: en una palabra, hallariais en él toda la economía, y buen orden de una vida santa, religiosa y civil.

Este libro solo formó à millares los héroes de la verdadera virtud: todos los libros de Platón, con las doctrinas de Sócrates, no formaron jamás un Pablo, ni un Agustino.

Por este solo libro hemos de ser preguntados en aquel amargo y terrible dia, en que se decida la causa de nuestra eterna felicidad ó perdicion: no se nos hará cargo, ni preguntará si fuimos grandes filósofos, sino si fuimos verdaderos christianos.

¡ O amado Jesus mio ! ¡ dichosa mil veces el alma, á quien tú mismo instruyes en la verdadera inteligencia de tus santísimas leyes !¹ Sed enhorabuena libro perenne de los rebaños y de los pastores: recoja de vos el pastor aquellos pastos de vida eterna que debe dar á su rebaño; y aprenda de vos el rebaño á gustar solamente los pastos saludables de tu doctrina, y exemplo, que dan vigor al espíritu; y así el pastor, como el rebaño, por sola vuestra gracia hallen escritos sus nombres en aquel libro en que están escritos los hijos de vuestra misericordia, por toda la eternidad. Así sea.

¹ *Beatus quem tu erudieris, Domine, & de lege tua docueris eum.* Psalm. 93. V. 2.